Santiago Aragón Albillos

EN LA PIEL DE UN ANIMAL

El Museo Nacional de Ciencias Naturales y sus colecciones de Taxidermia

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
EDICIONES DOCE CALLES, S.L.

Reservados todos los derechos por la legislación en materia de Propiedad Intelectual. Ni la totalidad ni parte de este libro, incluido el diseño de la cubierta, puede reproducirse, almacenarse o transmitirse en manera alguna por ningún medio ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, informático, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo por escrito de la editorial.

Las noticias, los asertos y las opiniones contenidos en esta obra son de la exclusiva responsabilidad del autor o autores. La editorial, por su parte, sólo se hace responsable del interés científico de sus publicaciones.

Catálogo General de Publicaciones Oficiales
http://publicacionesoficiales.boe.es

© Del texto. Santiago Aragón Albillos
© Consejo Superior de Investigaciones Científicas y Ediciones Doce Calles, S. L.

© Ediciones sucesivas: Ediciones Doce Calles, S.L.

ISBN (CSIC): 978-84-00-09802-5

eISBN (CSIC): 978-84-00-09803-2

NIPO: 723-14-045-3

eNIPO: 723-14-044-8

ISBN (DOCE CALLES): 978-84-9744-161-2

D.L.: M-14557-2014

Printed in Spain

A mi abuela Luisa,
que hace mucho tiempo me llevó al Museo

A mis padres, Miguel y Pilar,
por sus cincuenta años de feliz unión

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS 11

PRÓLOGO 15

INTRODUCCIÓN 19

El momento y las fuentes 20
Un oso pardo: una peculiar fuente de información para la historiografía 24
Tres Reinos y muchos súbditos 27
Desde El Pardo a Nueva York 30
Una antigua maestría al servicio de los museos de ciencias naturales 33
Una historia contada por etapas 36

CAPÍTULO I. ANIMALUCHOS Y MONSTRUOS 43

Arte y ciencia reunidos bajo un mismo techo 44
«Páxaros y quadrupedos» 47
Los primeros disecadores: Francisco de Eguía, Juan Bautista Bru y Pascal Moineau 52
Un primer paseo por el Gabinete de la mano de Juan Mieg 63
Un juego de palabras como colofón 73

CAPÍTULO II. COLECCIONES EN CONSTRUCCIÓN 81

La cátedra de Taxidermia del Museo 81
Taxidermistas profesionales 86
Un oficio exigente 90
Un recurso pedagógico más que necesario 93
Cada animal en su estante: una lección de taxonomía zoológica. Las guías de Solano y Gogorza 98
Un negativo balance finisecular 107

CAPÍTULO III. LA PRIMERA MUDANZA 111

Un jarro de agua fría 112
Uno contra todos…. Todos contra uno 114
La opinión de los demás: si va al sótano, en el sótano se queda 118
Una instalación difícil. ¿Quién quiere una estantería de caoba? 126

CAPÍTULO IV. AL PÚBLICO SE LO DEBEMOS 135
Litros de alcohol 136
Un nuevo siglo y nuevos relevos en la dirección 143
Ignacio Bolívar director del Museo 146
Breves instantáneas de las nuevas salas 151
Dos asuntos pendientes 154

CAPÍTULO V. LOS ARTÍFICES DEL CAMBIO 159
Una piel y unos huesos de alto valor diplomático 160
Emilio Ribera Gómez, una pieza clave del rompecabezas 164
Los Benedito, una familia de artistas 169
José María: Naturalista-Disecador 170
Una estancia bien aprovechada 174
Luis: Artista-Disecador 178

CAPÍTULO VI. EL LABORATORIO DE TAXIDERMIA 185
Técnicas modernas 186
La fauna ibérica: un mundo por descubrir 190
La fauna española no ibérica: un mundo aún más desconocido 199
Los grandes mamíferos africanos 202
Montajes de exposición 208
Un cajón de sastre para un taller de taxidermia 213

CAPITULO VII. EN LOS ALTOS DEL HIPÓDROMO 217
La segunda mudanza 218
Los primeros montajes en la nueva sede 221
Más local para el Museo 226
Ecos del nuevo Museo 230
Años de guerra 233
Final del conflicto 239

EPÍLOGO. UNOS OBJETOS DE PERPETUA ACTUALIDAD 245
Un vertiginoso salto en el tiempo 246
Varios siglos de historia compartida 251
Escultores de animales 254
Paisajes de museo 259
Años oscuros 264
¿Y ahora qué? 268

BIBLIOGRAFÍA CITADA 275
ÍNDICE ONOMÁSTICO 285

INTRODUCCIÓN

Oculto entre impresos oficiales y periódicos de distintas épocas, un pequeño trozo de papel blanco mecanografiado, sin fecha ni firma, recoge una cita textual de *Recuerdos de mi vida*, de Santiago Ramón y Cajal (1852-1934)[1].

> ¡Qué desencanto al llegar a nuestro Madrid, donde, por incomprensible contraste, se ofrecen la máxima cultura española con los peores edificios docentes! Habituada la retina a la imagen de tantos esplendores y grandezas, infundíame tristeza pensar en nuestra ruin y antiartística Universidad, en el vetusto y antihigiénico Colegio de San Carlos, en las lobregueces peligrosas del Hospital Clínico, en el liliputiense Jardín Botánico del Paseo de Trajineros y en el Museo de Historia Natural, siempre errante y fugitivo ante el desahucio de la Administración.

Alguien, en un momento indeterminado, pensó en las palabras que el premio Nobel escribió al regresar a Madrid tras su viaje por Inglaterra y, posiblemente movido por algún bienintencionado fin, las tecleó en esa furtiva nota. Errante y fugitivo ante el desahucio de la Administración, así había estado el Museo Nacional de Ciencias Naturales a lo largo de su historia. Sin sede permanente y siempre pendiente de un posible desalojo. Y eso que, en palabras de Francisco Hernández-Pacheco de la Cuesta (1890-1976), director del centro entre 1961 y 1971, lo más temible, en la vida de una institución

[1] En la nota conservada en el Archivo del Museo Nacional de Ciencias Naturales (en adelante abreviado como ACN) se refiere que el texto procede de la página 273 del segundo tomo de la obra. En la edición de Juan Fernández Santarén (Ramón y Cajal, 2006), el párrafo está en la página 514. Cajal describe la sensación que experimentó al volver de un viaje a Inglaterra, en 1894, donde pronunció una charla en la *Royal Society* de Londres. Durante su estancia, el sabio español recibió el doctorado *Honoris Causa* por la Universidad de Cambridge y tuvo ocasión de visitar la Universidad de Oxford, dos referentes de la cultura europea que, sin duda, motivaron su desolación al regresar a Madrid.

de ese tipo, son los traslados: tres, decía, significan la completa pérdida de un museo[2].

Y tres precisamente han sido las sedes del popular Museo de Ciencias desde su fundación como Real Gabinete de Historia Natural, promovida por Carlos III (1716-1788) en 1771. La institución se ha alejado progresivamente del centro histórico de Madrid a medida que la urbe ha ido engullendo nuevos terrenos en los que dar suelta a la modernidad y solución a sus necesidades. Acorde con su relevancia cultural, tres nobles edificios le han dado sucesivamente techo en la calle de Alcalá, en el paseo de Recoletos y en los Altos del Hipódromo del paseo de la Castellana, lo que equivale a decir que nuestro Museo ya ha vivido dos traslados desde su fundación, uno menos de los que Hernández-Pacheco de la Cuesta presumía como fatídicos para su supervivencia.

EL MOMENTO Y LAS FUENTES

Trasladar implica replegar velas para desplegarlas de nuevo, desmontar y montar, llenar y vaciar cajas, desordenar para volver a ordenar, reorganizar a fin de cuentas, un proceso delicado y temido que, con frecuencia, conlleva considerables pérdidas y descartes de material. Sin embargo, más allá de la incomodidad transitoria, del esfuerzo organizativo y de la sobrecarga de trabajo, toda mudanza es una clara oportunidad de renovación, el punto de partida ideal para plantearse nuevos desafíos, algo fácil de entender por simple economía doméstica. Embalar un museo para, más tarde, instalarlo en otro lugar es, de hecho, el momento propicio para repensarse la institución y, en cierto modo, fundarla de nuevo.

Los dos traslados vividos por el Museo Nacional de Ciencias Naturales a lo largo de su historia van a dar pie al contenido de esta obra. Ambos se convierten en la excusa perfecta para tratar de desgranar cómo el antiguo gabinete de historia natural, al igual que les sucedió a los de la mayor parte de los países del ámbito occidental, se transformó con el tiempo en un museo

[2] *Hoja del lunes*. 28 de noviembre de 1966, página 18. Artículo firmado por Mary G. Santa Eulalia. ACN, caja 72 Administración.

moderno de ciencias naturales. Evidentemente, el funcionamiento y los objetivos del centro fueron evolucionando progresivamente desde el mismo día de su creación, sin embargo, las mudanzas a las que nos referimos, en el doble sentido de traslado y transformación, cronológicamente tuvieron lugar en un periodo de tiempo relativamente corto, durante la última década del siglo XIX y las primeras del XX. El objetivo no es, por tanto, componer una historia exhaustiva del Museo paso a paso, sino más bien pararse a reflexionar sobre esos momentos concretos de cambio. Lógicamente, semejante planteamiento implica conocer cómo era la institución antes y cómo resultó ser después.

Una Real Orden dictada por el Ministerio de Fomento, con fecha de 3 de agosto de 1895, ordenaba la traslación de todo el gabinete desde su sede en la calle de Alcalá hasta los nuevos locales del Palacio de Museos y Bibliotecas del paseo de Recoletos. Poco después, el 28 de septiembre, una segunda Real Orden apremiaba a hacerlo en el término de cuarenta y tantas horas, aprovechando los días que faltaban para reanudar las clases en la Universidad (Barreiro, 1992, p. 294-295), exigencia que, lógicamente, no se cumplió. España se hallaba entonces bajo la regencia de María Cristina de Habsburgo-Lorena (1858-1929). Tras un largo proceso de mudanza e instalación, del que se dará cumplida cuenta más adelante, las nuevas salas de Recoletos se abrieron al público un 24 de mayo de 1902, poco después de la coronación de Alfonso XIII (1886-1941)[3]. Durante su reinado, en 1910, se realizó el segundo traslado, esta vez al edificio que sigue ocupando en la actualidad, gracias al acuerdo alcanzado entre Faustino Rodríguez San Pedro (1833-1925), ministro de Instrucción Pública, e Ignacio Bolívar y Urrutia (1850-1944), director del Museo (Barreiro, 1992, p. 318). En principio, la institución ocupó únicamente el ala norte de la edificación hasta que, en 1935, sus responsables lograron hacerse con los espacios liberados bajo el mismo techo por un destacamento de la Guardia Civil y el Museo del Traje (Barreiro. 1992, p. 344). Corrían tiempos de la Segunda República y el trágico enfrentamiento civil no tardaría en llegar. La mutación del gabinete en museo coincide pues en el tiempo con un periodo convulso y cambiante en el que se sucedieron una regencia, un reinado, una dictadura, la de Miguel Primo de Rivera (1870-1930), y una república hasta el estallido de

[3] ACN, caja 2 Administración, legajo 4.

Elefante (MNCN-M4605). En la actual exposición dedicada a la biodiversidad, el elefante africano de Luis Benedito, un veterano en las salas del Museo, comparte espacio con el esqueleto recientemente montado de una ballena, suspendida sobre la sala. (Servicio de fotografía, MNCN).

Lobezno. José María y Luis Benedito suelen firmar sus composiciones sobre un canto rodado o un trozo de roca situado en primer término, como el fragmento de granito firmado por Luis y colocado entre las patas de este lobezno tendido. (Servicio de fotografía, MNCN).

Jirafa (ACN003-003-08146). Mediante la técnica dermoplástica, Luis Benedito dio forma al cuerpo de la jirafa sobre el que colocó la piel donada por el duque de Alba. Debido a su mal estado, buena parte de la piel se ha perdido y hoy en día solo se conserva la de la cabeza y parte del cuello. (Archivo MNCN).